



LA TRIBUNA | Ángel Dolado Pérez, Justicia de Aragón

Nuestro otro patrimonio en Cataluña

El histórico Centro Aragonés de Barcelona forma parte del patrimonio y de la identidad de nuestra tierra y debemos preocuparnos de su mantenimiento

Es muy difícil entender el Aragón de hoy, y en buena parte la propia historia de España, sin la contribución social, política y cultural de la emigración. La tragedia de la pérdida de nuestro mayor patrimonio, el humano, se vio saldada en una mínima parte por el aporte económico y cultural que trajeron de vuelta quienes tuvieron que abandonar nuestras fronteras.

Ese sentir de los aragoneses en el exterior se vio reforzado con la creación de las llamadas casas regionales, entidades de ayuda y socorros mutuos que se fueron creando en muchos países hispanoamericanos y que no solo lograron acortar en lo sentimental unas distancias que geográficamente eran inabarcables, sino que fueron verdaderos mantenedores de tradiciones y testimonios que hasta en nuestra propia tierra se fueron perdiendo fruto del tiempo y las vicisitudes políticas.

Este fenómeno se repitió, con una mayor magnitud en lo numérico y menor en lo geográfico, a lo largo del siglo XX con la emigración de aragoneses a otras latitudes de España donde el desarrollo económico precisaba de mano de obra. De todos esos destinos, Cataluña y en concreto la ciudad de Barcelona fue el más destacado: hasta 120.000 arago-

neses llegaron a engrosar el censo de oriundos de Aragón en tierras catalanas.

Hace ya más de un año que se clausuró la exposición 'Dicen que hay tierras al este', celebrada en el palacio de Sástago y donde toda una sala recogía testimonios y material de la actividad de más de 110 años de presencia organizada de los aragoneses en Barcelona. El estudioso Carlos Serrano ha abordado en múltiples publicaciones la importancia de esta entidad, así como del Centro Obrero Aragonés, fundado en 1913, para la identificación del Aragón que conocemos hoy desde el punto de vista político, pues aglutinó a toda la intelectualidad que luchaba desde allí como último bastión del sentir aragonesista y autonomista.

Pues bien, en esa muestra pudimos visualizar lo que es una mínima parte del tesoro cultural e histórico que guardan los muros del actual Centro Aragonés de Barcelona, construido sobre un solar de 1.240 metros cuadrados en lo que eran las ruinas del convento de Valldonzella, bajo la dirección de Miguel Ángel Navarro y que abrió sus puertas el 7 de septiembre de 1916, siendo hasta hoy el mayor centro aragonés de cuantos se han creado a ambos lados del atlántico.

Con la llegada de la democra-

cia y especialmente con la obtención de nuestra anhelada autonomía, las casas y los centros aragoneses no solo encontraron un motivo más para su existencia, sino que, a través del Estatuto de autonomía, veían reconocidos sus derechos como aragoneses. El artículo octavo de nuestra norma institucional básica de 1982 establecía que «los poderes públicos aragoneses velarán para que las comunidades aragonesas asentadas fuera de Aragón puedan, en la forma y con el alcance que una Ley de Cortes aragonesas determine, participar en la vida social y cultural de Aragón sin que ello suponga en ningún caso la concesión de derechos políticos». Y desde entonces, diferentes leyes e iniciativas de nuestro Gobierno han hecho efectivos en gran medida esa participación y ese reconocimiento como parte de nuestro ser y de nuestra historia.

Sin embargo, desde nuestra

«Cataluña y en concreto Barcelona fue el destino más destacado: hasta 120.000 aragoneses llegaron a engrosar el censo»

Comunidad hemos centrado nuestros esfuerzos en la participación de estos colectivos en nuestra geografía, bien en forma de actos culturales o acceso a nuestros servicios públicos, o mediante ayudas para la realización de actos culturales o sociales en sus sedes. Y por el camino nos hemos dejado una faceta más invisible a nuestros ojos: la conservación del patrimonio de estas entidades. Y es que, en ocasiones, como ocurre en nuestros propios pueblos, se produce un desajuste entre los recursos de nuestras administraciones locales y el coste del mantenimiento y la conservación de su propio patrimonio.

En estos días hemos podido conocer de primera mano la situación de nuestro Centro Aragonés de la capital catalana, muy vital en lo social y cultural, pero con dificultades para mantener y conservar su propia sede, y por ello su junta directiva ha realizado una llamada para lograr que todos juntos, los aragoneses de dentro y de fuera, seamos capaces de mantener con dignidad ese edificio que acoge a los aragoneses en Barcelona pero que también podría pasar a ser patrimonio de Aragón, convirtiendo el centenario edificio de la calle Costa en una completa Casa de Aragón en Barcelona, en la que nuestras empresas, colectivos, denominaciones de origen, artistas, etc., pudieran presentarse, convivir y mostrárselo.

Estoy seguro de que con sensibilidad, celeridad y acierto encontraremos una fórmula que logre preservar ese otro patrimonio de todos que tan bien nos une.